

XX2

Viridiana Carrillo

NOSOTRAS



ÓSCAR



NOSOTRAS
ÓSCAR

Nosotras Óscar

Viridiana Carrillo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
MÉXICO, 2026



Primera edición: 2026

D.R. © VIRIDIANA CARRILLO

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
Blvd. Miguel Tamayo Espinoza de los Monteros 2358,
Desarrollo Urbano 3 Ríos, 80020, Culiacán de Rosales, Sinaloa
www.uas.edu.mx
DIRECCIÓN DE EDITORIAL
<http://editorial.uas.edu.mx>

ISBN: 978-607-737-532-6

Edición sin fines de lucro.
Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México

NOSOTRAS¹

Qué alegría le puso mamá a la frase: ¡Hoy iremos a las termas! Era la cara y el color de voz de alguien que estuvo esperando toda una vida de logros, sintiendo la fascinación de los niños cuando ven nacer un perro. A Yessi no le entusiasmó la idea; tampoco le fastidió. Se encogió de hombros, se levantó de la cama con desgano y ayudó en silencio a preparar las cosas necesarias. Yo estaba extasiada: ¡por fin un domingo fuera! Busqué mi traje de baño y la toalla con gorro. Yessi se metió al baño y dijo que tenía que rasurarse las axilas. Omitió que el pubis también. Agarré el flotador.

—Evelyn pasará por nosotras —dijo mamá.

Evelyn era amiga de mi madre y su hija Paula era amiga de mi hermana, todo esto configurado en un rango de edades similares. Evelyn había sido la que acon-

1 Este cuento pertenece al libro *Silencio cerca de una pirámide antigua*, el cual obtuvo el Premio Bellas Artes de Cuento Hispanoamericano Nellie Campobello 2023, convocado por la Secretaría de Cultura, el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL) y el Instituto de Cultura del Estado de Durango.

sejó a mamá sacar provecho de su afición a la bebida tal como ella lo hacía: esto es, trabajando en bares donde los hombres pagaban por compañía o sexo.

Yessi salió del baño con una pierna aún enjabonada. ¿Irá Paula? Claro que irá Paula. Regresó al baño, cerró de un portazo y en seguida gritó que tenía que buscar un buen bikini y hacerse trenzas en el cabello.

Busqué mi barbi sirena. No la encontré. Lloré. Mamá mandó a Yessi a buscar la muñeca. ¡Lleva otra, niña! ¡Estoy ocupada!, volvió a gritar desde el baño. ¡No, yo quiero esa! ¡El pelo le cambia de color con el agua caliente! Seguí llorando. Mi madre enojada: ¡Encuentren la chingada muñeca de una vez! Yessi salió estilando. Me dijo al oído que yo le caía muy mal y que era una berrinchuda. Dejé de llorar y le escupí. Me pegó en la boca. Corrí a decirle a mamá, escuché gritos y la cachetada que le dio a Yessi. Luego mi madre dijo que cómo era posible, que era una mala madre y nosotras unas desgraciadas. Así que fue por un cinturón y nos pegó a las dos, uno y uno, como latigazos de expiación. Yo lloraba mientras mi hermana decía no me duele, ¿sabes?, no me duele nada, soy como mi padre.

Durante años, en mi máxima crueldad adolescente, recurrí a la indolencia paterna para restregarla en el cuerpo de mi madre. No podía existir algo que la dañara más que saber que sus hijas contenían tanto de aquel

hombre, que eran conscientes de ello y que además lo disfrutaban. ¡No me duele, no me duele nada!

Evelyn llegó justo a las diez de la mañana. Subimos las cosas emocionadas, dejando el incidente en el olvido y ya con la barbi en mi mano. El carro era un Grand Marquis negro, tan ancho como una panga, viejísimo pero bien conservado, con asientos de una tela parecida al terciopelo y un tablero con encendedor. Evelyn lo presionaba y minutos después el artefacto saltaba: con el extremo incandescente, ella prendía un cigarro y mi madre otro.

Atrás íbamos Yessi, Paula y yo. Se decían cosas que yo no alcanzaba a escuchar y claramente era esa su intención. Evelyn comenzó a cantar. Una voz hermosa salía de ese cuerpo hinchado por el alcohol, aunque no sonaba en absoluto áspera ni le faltaba el aire. Todo lo bella que alguna vez fue se concentró en la intangibilidad de su voz, en la vibración de sus cuerdas vocales. Escucharla bastaba para comprender que era –que había sido– hermosa, y que por esa misma belleza fue amada por muchos hombres. Cantaba “Quién como tú”. Mi madre tarareaba, lo cual me confundía: su voz era bella y sin embargo se asfixiaba ante Evelyn, limitándose a ser un gato que ronronea. Yo disfrutaba respirar el humo de sus cigarros, ver las boquillas rojas por el labial, escucharlas. Era la aproximación a esas noches donde nosotras no teníamos cabida.

Las termas se llamaban La Cantera. Era un balneario con dos piscinas y un chapoteadero. Había un restaurante, varias palapas, resbaladillas y columpios de fierro. Yo sentía que mi corazón podía notarse por encima del traje de baño. Me gustaba ver a esas mujeres que eran parte de mí, las parejas que formaban las dos madres y las dos hijas. Solas, echadas sobre sus toallas tendidas en el pasto, preparando sándwiches de atún, el olor del protector solar en los cuerpos firmes y burbujeantes de Paula y Yessi, en los cuerpos ya flácidos y dóciles de Evelyn y mamá. Sus cuerpos que eran míos. Su tibieza que era mía.

Me dediqué a pasar el día entero en el chapoteadero, donde un hongo gigante dejaba caer agua caliente que ardía en la cara y agradaba al cuerpo. Mi piel estaba roja y repleta de pecas. Salía solo para comer o tomar algo, luego volvía y orinaba dentro del agua. Casi al atardecer comencé a sentir dolor en los dedos de los pies, me quemaba al dar el paso. Caminando sobre mis talones, fui donde mi madre. Me revisó: la cal que recubría las piscinas me había escocido las yemas de los dedos, que estaban hechas una ampolla de sangre. Me sentía afiebrada, cansada. Dijo que llegando a casa me pondría unos pedazos de sábila. Me recosté en su toalla y me quedé dormida. Cuando desperté, ya íbamos en el carro. Noté la ausencia de mi barbi sirena, no dije

nada porque perder algo caro era una culpa oscura y angustiante.

Paula y Yessi dormían. Mamá y Evelyn fumaban y se pasaban una botella mitad coca cola mitad ron. Me volví a recostar en la ondulación invisible del agua caliente, percibiendo el palpitar de los dedos de mis pies. Tenía sed, pero no pedí agua porque hasta hablar me parecía agotador. Quería llorar por lo de mi barbi. Me acerqué un poco al cuerpo de Yessi y puse la cabeza sobre sus muslos suaves que olían a cloro e irradiaban calor como si desearan ser mordidos. Desde ahí veía el perfil de las dos mujeres, que reían y lucían hermosas como las parejas que salen en las películas donde la mujer toma la mano del piloto, él la ve de reojo y le sonríe, ella le acaricia el cabello y uno sabe que se aman. En eso mi hermana se tiró un pedo que despertó a Paula y a mí me levantó de una. Todas nos echamos a reír. Paula le dio un golpe en el brazo diciéndole marrana asquerosa y Yessi dijo que olía a pan dulce. El cinismo era su mayor gracia: cuando en una ocasión le picó un alacrán, mamá, despavorida y al borde de la histeria, la obligó a comer una cabeza entera de ajos que la condenó a tener un aliento asqueroso durante una semana. Yessi, en lugar de avergonzarse, se echaba de bruces encima de mí y me tiraba el aliento directo a la cara. ¡Qué cochina eres!, le dijo mamá. Seguíamos riendo. Yo deseé con el alma entera que en ese momento Evelyn tomara

la mano de mi madre y se convirtiera en su amante y Paula en nuestra hermana.

Aunque lo cierto es que Paula ya tenía un hermano, del que nunca hablaban y por el cual Evelyn solía llorar cuando bebía. Tenía nueve años y vivía en Morelos con uno de los exesposos de Evelyn, un chino de apellido Wong, que había enloquecido de amor cuando la conoció en un bar del DF mientras ella presentaba su show musical. Sin dudarlo el chino le propuso matrimonio, le compró una casa enorme, la amó. Solo que detestaba a Paula, o lo que él creía que significaba: un pasado hecho carne y voz que, lejos de disminuir, crecía, se movía como la maleza. La cosa no duró mucho y, tras divorciarse, le quitó al niño. No eres digna de él, le dijo. O no te lo mereces, o no volverás a verlo. Evelyn solía cambiar las versiones continuamente, pero el final era el mismo.

Un día ella y mamá estuvieron hablando de iniciar un negocio propio. Sus amistades —según ellas— eran cada vez más numerosas y las frecuentes salidas a los bares les proporcionaban una vitalizada rutina con casados alcohólicos que escondían a sus amantes en tugurios. A las chicas les gusta comprar ropa, dijo mamá. Me desconcertó escuchar lo de *a las chicas*, ya que no imaginaba a mis amigas de la escuela comprando ropa que mi madre eligiera. Ni a Yessi, ni a Paula. Me refiero a mis nuevas amigas, aclaró, como percatándose de mi

confusión. Hemos decidido invertir en vestidos y accesorios. Nos irá bien, ya verás.

Me causaba ilusión la nueva empresa, algo como un negocio familiar, imaginar que dentro de mamá había algo distinto, una faceta que yo estaba por conocer.

Fue un fracaso: no compraron un solo vestido porque descubrieron que los costos eran elevados. O quizá pensaron que el placer de tener algo nuevo y elegido a su gusto sería tan enorme que no podrían deshacerse de ello. Terminaron invirtiendo en pacas de ropa usada, de las cuales sacaron alguna ganancia y mucha ropa para nosotras. Vestí durante un tiempo abrigos con las iniciales y nombres de otras niñas. Incluso con grados y salón. Michel 3º B, I. B., 4º C. Cuando el espacio del nombre estaba en blanco, me apresuraba a poner el mío con plumón de aceite: Julia. Me hacía sentir poderosa saber que era probable que otra niña lo usara y sintiera ganas de borrarlo.

Ser vendedoras de tianguis nos obligaba a levantarnos muy temprano cada domingo para alcanzar un espacio donde poner la mercancía. Evelyn llegaba alrededor de las seis de la mañana tocando el claxon. Sin bajarse del auto nos gritaba que nos diéramos prisa, siempre con lentes oscuros, tratando de ocultar el rímel corrido y las venas rojas de los ojos. Al igual que mamá, mascaba chicles de menta para suavizar el aroma del alcohol añejado; al igual que mamá, su ropa

tenía esa mezcla de cigarro y perfume. Durante el camino, las dos iban maldiciendo su suerte y a los hombres, atiborrándose de aspirinas, jurando que la próxima vez enviarían a las inútiles de sus hijas. En cuanto llegábamos, mientras ellas iban arreglando la ropa, me mandaban a comprar consomé de barbacoa de borrego. Yo comía sentada en un montoncito y tomaba la coca cola que les sobraba luego de prepararse sus bebidas.

Evelyn no cantaba los domingos por la mañana porque gastaba su voz los sábados por la noche. Las ganancias no eran fabulosas, bien porque poca gente iba al tianguis o bien porque tanto Evelyn como mi madre solían arrepentirse de vender determinada pieza, vestido, blusa o brasier, y poco faltaba para que la arrebataran de las manos de una cliente y le dijeran que esa, justo esa, no estaba a la venta. Y es que mientras unas manos desdoblaban y ajustaban al cuerpo para calcular si era la talla correcta, en lugar de decir, como suelen decirme a mí las vendedoras, te queda fabuloso, se te verá increíble, ellas descubrían una belleza que les había pasado desapercibida. El atuendo perfecto para interpretar «La gata bajo la lluvia»: un vestido parecidísimo a los que usa Marisela, *la Dama de Hierro*, o un negligé que conquista a cualquiera. No les causaba conflicto, por supuesto; no era perder dinero, sino invertir. Además, como el dramatismo impregnaba sus vidas, los vestuarios eran la extensión natural para la

tragedia o seducción de las canciones que relataban a la perfección lo que les sucedía.

Varias mañanas terminaron sacando de su bolsa, muertas de risa, los diez pesos que cobraban por usar el piso polvoso donde tendían la sábana y encima de esta los montones de ropa. Otra de las causas era que, entre venta y venta, me mandaban no solo por la barba-coa, sino por unas zapatillas que vi por allá a la entrada, un kilo de plátanos, fresas, tomates y barbís piratas de piernas extremadamente delgadas y rígidas. Comadre —entre ellas se llamaban así, aunque nunca explicaron en qué se basaba el comadrazgo—, cuida el negocio mientras me echo una vuelta. Vuelta que terminaba con un par de bolsas hasta el tope de cosas inútiles. Somos malas con las finanzas, solían quejarse, por eso nunca salimos de aquí.

El aquí era el tugurio, intangible pero avasallador, que las perseguía donde quiera que fueran, una especie de materia oscura que sentían exclusiva de ellas dos. De igual manera, su belleza era algo de lo que no se salía ileso. No he conocido mujeres más bellas que las amigas de mi madre y que mi madre misma. Esto debido a que se transformaba. La belleza estática es solo vanidad y la de ellas era capaz de exasperar y convertirlas en hermafroditas. Lo descubrí una tarde mientras jugaba con mi amiga Karina.

El cuarto de juegos era el de mi hermana, nos gustaba por el piso de duela y la ventana al exterior. El que la duela fuera de un color caramelo quemado como manzana de circo y las paredes de un naranja oscuro, provocaba un toque nebuloso: los haces de luz que entraban por la ventana anegaban el espacio, parecían pasados por un cedazo de ámbar que se fragmentaba en nuestra piel, dando la impresión de dejarnos inmóviles como insectos. Jugábamos, dije, pero no recuerdo a qué. Bien pudiéramos solo estar sentadas conversando, porque con Karina conversaba horas enteras. Entonces algo se interpuso entre nosotras y la luz que nos llegaba. Al principio creímos que se había nublado. Luego escuchamos un pist pist, un llamado de perro o gato. Cuando volteamos a ver, un vecino estaba parado en la ventana mirándonos, llamándonos: la cara enrojecida por el alcohol, la nariz inflamada, la sonrisa repugnante. Murmuraba algo que no alcanzamos a distinguir y se restregaba el sexo contra la protección de la ventana. Lo primero fue quedarnos mudas: el miedo suele dejarnos en un espacio en blanco del que volvemos de a poco. Detrás de la cama, tratando de ocultarnos, nos dio una risita de nervios. Fíjate si ya se fue. ¡N'hombre, fíjate tú! En el momento en que el sol otra vez fue naranja, comprendimos que se había marchado. Y como saliendo de una madriguera, estiramos el cuello por encima del colchón. Sí, se había marchado.

Mamá estaba en la cocina preparando comida. Tardé unos minutos en decidir si contarle o no. Extrañamente sentía que podría meterme en problemas. Al final Karina me convenció de hacerlo y me llevó de la mano, como una niña, hasta la cocina. Mamá, te quiero contar algo. Karina se mantenía firme a mi lado, al igual que en las clases mientras copiábamos tareas. Recuerdo que mamá dijo: hijo de su puta madre. Ven, acompáñame. Y tú, le dijo a Karina, espéranos aquí. Sentí miedo porque desconocía aquella voz, y también emoción de saber que algo se acercaba sin importar las consecuencias.

En su habitación se quitó el vestido —ella, como yo, amaba los vestidos— y se vistió con otra ropa: no recuerdo si era una playera pirata de fútbol o de un partido político, pants y tenis, y recogió su cabello. Me tomó de la mano, pero la suya era distinta: más gruesa, envuelta en una fuerza protectora y rígida. Salimos. Sabía que íbamos a la tienda, a tres casas solamente, donde el tipo estaba bebiendo: antes uno podía tomarse una caguama sin apuro en cualquier tiendita. Le gritó desde la calle. Él salió enrojecido, sonriente, aberrante. Bajó los dos escalones apoyándose en una misma pierna. ¿Qué quiere, señora? Énfasis irónico en la palabra señora. No soy señora, soy el padre de Julia y, como tal, vengo a reclamarle algo, dijo mi madre con la voz de otra mujer, una mujer sin duda más vieja y arisca. El tipo mostró una mueca. Ella me hizo a un lado sin brusquedad, con

la mano de una mujer que de pronto era un hombre, y pateó al tipo: una patada dura a la altura de las rodillas que hizo que se flectara, quedando chueco e hincado. No quiero que nunca más se vuelva a acercar a mi hija, ¿entendió? Golpe seco a mano extendida en el rostro. El tipo no hablaba, los ojos abiertos y humillados. Después mamá volvió a darme la mano y regresamos a casa. Yo tampoco podía hablar, la miraba con amor y orgullo. Igual de sorprendida que el hombre caído, caminando a un lado de un ser que mantenía un secreto poderoso. ¿Hubo un cambio de voz? Sí. ¿Su pecho se desvaneció? Puede ser, había en él un flujo hondo e infinito. ¿Su andar? Mi madre parecía seguir siendo mi madre: su cabello seguía siendo rojo, su piel seguía siendo blanca, sus ojos café claro, su nariz aguileña. No, no era algo a simple vista, pero existía, y yo había sido testigo de eso.

La mandíbula comenzó a temblarle, lo que quería decir que por dentro moría de miedo y adrenalina, pero se mantuvo firme. ¿Y si él hubiera respondido el golpe? Entramos a casa, ella suspiró aliviada. Los ojos se le humedecieron y la piel se le llenó de esas manchitas rojas que preceden el llanto... También me sucede. Me miró y por fin lloró en silencio, como sabía. Fue a quitarse la ropa. Le dije a Karina que debía contarle algo y lo hice como si estuviera contando la llegada de algo extraordinario, el mayor suceso de mi vida: la transformación de mi madre en un hombre. De su poder de mutación.

Esa bella ambivalencia que yo había deseado y augurado desde el momento en que la veía sonreír a un lado de Evelyn. Percibía que la palabra comadre escondía otro significado más profundo y duradero, cambiante, desde luego, porque ¿de qué otra manera entender los lazos que las unían sino a través de esa dualidad? No era el amor a los hombres ni el dinero que podrían obtener de ellos lo que se les desbordaba, sino el odio, la rabia avasalladora y sin explicación contenida en la voz de ambas. El odio conseguía diluir el sexo y mutarlo, engrandecerlas. No era la felicidad inerte que yo sentía al verlas juntas, la nula expectativa de su canto. Era odio lo que las tomaba de la mano, lo que atraía a Paula y a Yessi, lo que me iba llenando de a poco. El odio, sí, lo que nos deja esperando que la vida comience.

ÓSCAR

Entre los amigos con los que solían beber Lucía y mi madre estaba Óscar. Por aquellos años mi hermana ya había muerto y mi relación con mamá se limitaba a pedirle dinero, limpiar la casa, ir por cigarros y chicles de menta y verla maquillarse para salir a trabajar. Si Lucía no pasaba por ella, me mandaba pedirle un taxi usando el teléfono público de la tienda.

En ocasiones le daba por mover los muebles de lugar como una niña jugando con legos. Esto poco a poco se fue convirtiendo en un pasatiempo compartido. He heredado esa costumbre. Mover los muebles me proporciona una corporalidad que no es la mía sino la de mi madre, es su fuerza a través de mis brazos. Primero nos quedábamos en silencio observando la alineación reinante y en nuestras cabezas las piezas se movían de acá para allá buscando armonía y novedad. Una vez encontrada la posición perfecta, comenzábamos.

Casi siempre era yo la que elegía el lugar. Entre las dos cargábamos los sillones, la cama, la estufa. Lo hacíamos entre las dos, pero mi madre era capaz de cargar cualquier cosa por sí misma. Una tarde la sorprendí

armando una cama, separando ropa y quitando uno de los burós de nuestro cuarto. No me había pedido ayuda. Caí en cuenta de que planeaba algo. Óscar vendrá a vivir con nosotras, dijo, y continuó preparando la casa para recibir a un hombre. La casa que no sería la misma con dos mujeres y que no era la misma cuando éramos tres.

Óscar trajo consigo cajas y cajas de libros. Mi madre le improvisó un librero, también un escritorio y, sobre ésto, la primera computadora que tuve en la vida. La casa fue llenándose de pedazos de barro, fragmentos de lo que bien podrían ser piedras aunque, Óscar decía que eran restos arqueológicos y montones de obsidias que yo atesoré por años.

Era director de la zona arqueológica de la ciudad. Aquello me resultaba fascinante. No por un interés en la historia, sino porque engrandecía, a mi vista, a mamá. La convertía en una mujer misteriosa. Lo suficiente como para que él escribiera un poema malísimo titulado *Elena del desierto*, porque Elena era su otro nombre, poema que ella guardaba con recelo y bajo llave en la puertita con espejo del ropero.

Durante el solsticio de verano la zona recibía numerosos visitantes, a pesar de no ser Chichén Itzá ni Teotihuacán. La gente era feliz subiendo la pirámide y alzando los brazos para tomar baños de sol. Revitalizándose. Esperando vislumbrar esas coincidencias místicas que

la arqueoastronomía confiere a cada rincón, columna o monolito. Comprando chacmoles de yeso, copales y atlantes en miniatura. Óscar los dejaba ser, disfrutaba viendo la zona abarrotada de esas pequeñas hormigas a través de las ruinas. Se vestía como Indiana Jones y hasta daba un tour explicando la vestimenta guerrera, la coraza de mariposa, el símbolo del fuego sagrado, las ruinas en las que se jugaba a la pelota —hacía chistes sobre la confección de la pelota—, las costumbres caníbales y los sacrificios. Luego soltaba la frase que a todos sorprendía, una vez parados en la cima: y lo que estos atlantes sostenían era un gran techo, esa era su única función. Lo decía en inglés y en español, por si acaso. Y se reía de la decepción dibujada. ¿Es decir que sobre tanta pirámide, escalera, sol, había un techo gris y miserable? Correcto. ¿No subían a ver estrellas o naves espaciales? En lo absoluto ¿Ni a recibir el sol? Nada de eso.

Cómplice, se volteaba hacia mí y decía por lo bajo: o quizás querían sostener el universo, ya verás esto de noche. Luego me guiñaba un ojo.

Recuerdo el viento fresco de las noches mientras subíamos la pirámide, lo descomunal de los atlantes que entre sombras se ensanchaban, perdían sus dimensiones y me hacían creer que caería rodando. Los miraba de reojo pensando que podrían mover alguna de sus articulaciones o las facciones de su rostro, o en el chisme

que iba sobre la falsificación de uno, ya que el auténtico adornaba la mansión o el jardín de algún excéntrico millonario europeo. Porque los millonarios son gente que ambiciona tener todas las temporalidades. El pasado es, además, lo más caro y glamuroso. Recuerdo la sobriedad de mi madre, atenta a los detalles prehispánicos que Óscar soltaba para hacernos entender tanta roca, tanta violencia, tanto cielo y tanta fe. Lo entendíamos, Óscar, siempre lo entendimos. El ir en contra de lo humanizado, ese querer alcanzar lo divino o no, mejor dicho, querer adorar desde la imposibilidad. Éramos tan ingenuas como aquellos seres antiguos.

Muchas estrellas veíamos. Mamá no dejaba de preguntar sobre constelaciones y planetas y yo me preguntaba si acaso no confundía astronomía con arqueología. O si pensaba, tan despistada como era, que los arqueólogos bien podían ser unos eruditos. Estaba interesada, debía bastarme con eso, en algo que no era el alcohol ni mi hermana. Sí, me bastaba. Me recostaba en la pirámide y presentía los cuerpos de ellos dos como unos padres a distancia prudente, unos atlantes propios y ajustados a mi corporalidad; sacaba de mi mochila las réplicas en miniatura de los atlantes, las que solía robar de los puestos, y ahí, sentadas a mi lado, comenzaban en verdad a moverse, a contarme aquello que no alcanzaba a ver. Jugaba con las obsidianas poniéndolas encima de las cuencas de mis ojos. A veces me dormía

y otras me imaginaba siendo una famosa arqueóloga como Laura Dern en *Jurassic Park*, que es paleontóloga pero da lo mismo porque todos se visten igual. Me aburría, sin embargo, de la arqueología, de que todo fuera roca y misterio, reflexión y pensamiento, así que cambiaba a Laura Dern por Sigourney Weaver en *Gorilas en la niebla*, que era primatóloga pero da lo mismo porque todos se visten igual. Y siempre, siempre, terminaba por ser Jodie Foster en *Contacto*, concentrando la atención en el cielo por si lo atravesaba una estrella fugaz o lograba distinguir Marte y Venus o algo vivo por encima de nosotros. Volvernos hacia el lejano contrapeso de los astros.

En ocasiones tecleo en Google el nombre completo de Óscar y no encuentro nada. Agrego arqueólogo, el buscador borra su apellido y me lanza varias respuestas. Varios arqueólogos llamados Óscar. Agrego ciudad. Nada. En uno de sus últimos correos me contaba sobre una mujer llamada Miranda, era química y, según él, su hija se parecía a mí. Por si acaso tecleo Miranda química Óscar arqueólogo. Nada.

A Óscar llegué a quererlo. Fue importante porque fue mi amigo, porque amó a mi madre y nos enseñó a ver el cielo y las piedras casi con la misma sorpresa. Lo que sucede es que mucha gente olvida que lo que está acá abajo viene de arriba, me decía. No con una perspectiva mística, ya que, como buen arqueólogo, negaba

toda religiosidad. Tampoco quiero decir que despertó en mí el sentido de búsqueda o meditación. Óscar simplemente era honesto. Y eso jamás lo habíamos experimentado. Cuando vivíamos en el norte, las intrigas, traiciones y desconfianzas regían las relaciones de tal manera que uno solo veía por su pellejo. Por otra parte, en el mundo del alcohol se podía ser tan cruelmente sincero como fantasioso. Por ello la honestidad pura de Óscar era desconcertante.

Ayudaba a mi madre a controlar la bebida sin sacrificios de mártir ni aspavientos de dictador. Era ecuánime y creo que jamás los vi discutir, ni entre ellos ni a él con alguien más.

Su fe en ella y en mí, su fe sin fundamentos, me conmovía. Había sido un despojado como nosotras y, a decir verdad, puede que esa fuera la razón de su empatía. Su primera esposa fue una francesa que conoció mientras realizaba una investigación en el Museo Nacional de Antropología e Historia. Todos sabemos que a los europeos les atrae, al menos por un par de años, el exotismo de la sangre latina y mestiza. Vivieron juntos cuatro años. Un día ella lo abandonó, se llevó el carro, el dinero y los libros. Dijo que ya había aprendido suficiente de él. Óscar lo tomó con calma, decidió buscar una ciudad pequeña donde vivir y uno de sus amigos le ofreció la dirección de una zona arqueológica venida a menos. Aceptó sin rechistar, incluso con emoción, por-

que la zona contaba con museo y porque no tendría colegas cerca. El regreso a su soltería lo devolvió a la vida nocturna donde se encontró con Lucía y eventualmente con mi madre. Con lo que deduzco que los cuerpos fragmentados se atraen. O que la necesidad de ver heridas ajenas como propias es un fetichismo insalvable.

No pensaba vivir con ninguna otra mujer. Solo que ¿cómo resistirse a querer estar con alguien más triste que uno mismo? ¿Cómo, si al final de cuentas ser arqueólogo es querer descubrir una historia a partir de los restos, de lo que apenas se sostiene? Así que en menos de tres meses decidieron vivir juntos. Y vivir conmigo.

Lo primero que hizo en su labor de restaurador fue restaurar la casa. Comprar azulejos para el baño, que nada más tenía pintura de aceite; revestir de cemento el piso gris que se desconchaba con cada trapeada y pintar las sucias paredes de un blanco marfil. Yo me quedaba en la habitación que era de mi hermana y ellos al fondo. No hubo miedo. Tampoco infinito bienestar. Hubiera echado abajo la casa y construido otra y aun así no pensaríamos en lo infinito, aun así el llanto de repente y las botellitas de alcohol escondidas por aquí y por allá.

La casa. Abro Google. No recuerdo la dirección. Me viene a la mente el nombre de la primaria en la cual estudié y que estaba, si no mal recuerdo, más o menos

cerca. Así que tecleo Escuela Primaria Liberación Nacional. Se encuentra sobre la calle principal llamada de la misma manera. Una vez que reconozco un punto de inicio cambio la imagen a satelital y voy arrastrando la flecha. Han pasado años y ese lugar sigue igual, una que otra casa nueva y calles pavimentadas, pero en esencia mezquites, pirules, cardones, nopales, magueyes, agaváceas, arbustos llenos de espinas donde debe haber chahuis con sus patitas negras y naranjas que mi abuela me daba preparados en salsa y quesadillas. Porque aun en su tremenda hostilidad, la naturaleza y sus animales debían servir para algo, por lo que no era extraño consumir gusanos y usar los cardones para proteger de los perros los jardines. Sigo adelantando la imagen y descubro que no era tan cerca, ¿todo eso caminábamos? Acortábamos la distancia entre los terrenos sin dueños, todo polvo y tepetate que nos dejaba sucios los zapatos. Antes de entrar a la escuela mi hermana sacaba un frasco con aceite de bebé y un trapo y los limpiaba hasta dejarlos brillantes. Luego se volvía sola por el caminito. El acto amoroso tiene que ver con agacharse a limpiar unos zapatos con lo negro brillante.

Sigo avanzado. ¡Sí!, me digo, aquí está la calle. Doy vuelta a la derecha, el corralón por un lado y el pulso se me acelera. Acá vivía Luis, acá Judith, acá Mara. Doblar a la derecha. Calle Violeta. Entonces tres casas más, me digo, y mi pulso no se contiene. Y la casa, la casa que no

es la misma casa. Entre todo lo poco que pudo haber cambiado se encuentra mi casa. No es de color azul, es blanca, y ahora tiene una cochera con portón eléctrico. Sé que es mi casa porque la puerta es la misma. Y pesa como bloque de acero en la punta de mi lengua, la puerta de fierro y vidrio esmerilado. Dos rombos y ocho triángulos la conforman, la parte de arriba —un rombo, cuatro triángulos en sus costados— sigue siendo de vidrios y lo de abajo —rombo y triángulos restantes— de fierro: yo la rompía constantemente con la pelota, así que mi madre decidió mandarla soldar. La puerta. Si la puerta es la misma debería estar lo mismo dentro, pienso. Si es la misma debe sonar igual al tocarla, al abrirla, el peso, la chapa, la figura borrosa de la persona que se acerca a abrir. Óscar. El rechinado de las bisagras. Si es la misma puerta debería estar todo dentro: lo gris de su interior, los muebles enfurecidos como faisanes que viven en jaulas cagadas y decrépitas. Las piedras y los libros. Óscar. Y para qué quieres entrar. No quiero, no es azul sino blanca.

Óscar tenía un vocho plateado, un verdadero escarabajo que, junto con la vestimenta de Indiana Jones tropical, lo hacía ver más como un trabajador de safari que otra cosa. Un ruido tremendo anunciaba su llegada o partida. Varias veces me llevó a la escuela, sobre todo en invierno. Ponía a calentar el motor mientras yo me cepillaba los dientes; mamá no solía ir con nosotros:

seguía dormida porque su cuerpo, decía, se acostumbró a levantarse tarde y dormir ya muy de madrugada. Acostumbrarse no es lo mismo que enfermar.

El vocho fue el primer auto que manejé y Óscar mi primer instructor: si consigues manejar un escarabajo puedes con cualquier cosa, decía. Me parece haber hecho añicos la caja de cambios, pero aprendí, y luego lo olvidé cuando mi última pareja intentó enseñarme a conducir y lo tomé como la primera vez que conducía, para otra vez olvidarlo. Una y otra vez.

Me prestas libros, me diste una computadora y me has enseñado a manejar, ¿sabes lo que eso significa?, le dije. Con una risita transparente y pequeña como él, me respondió: no, a ver, ¿qué significa? Que eres un padre. Y la risa nerviosa que pretende esquivar la responsabilidad incómoda, negra y volcánica, que le he tirado encima. Nadie me había enseñado el significado de la correspondencia.

A mi madre le habían diagnosticado cirrosis hepática cuatro años después de la muerte de mi hermana. Lo amarillo de su piel y sus ojos venía evidenciando la enfermedad desde tiempo atrás y no fue hasta que comenzó a sangrar por la nariz constantemente que se decidió ir al médico. Al principio Óscar la cuidaba, advertía en ella la caída y quizá hasta la agonía cercana. Le despejaba la cara por las noches, le daba de beber agua, trataba de que llevara una buena alimentación. A

mí me avergonzaba su tez. Todavía no soy capaz de soportar el color amarillo en lo blanco del ojo. Odiaba ver los tapones de papel que metía en sus fosas nasales y que luego, ya manchados de rojo, dejaba por cualquier lugar. Porque además del hígado, mi madre tenía una fuga de energía de cuerpo entero que le impedía ser ordenada. La necedad de ir dejando migas de la enfermedad, que nada pase desapercibido.

Óscar seguía llevándola de vez en cuando a las pirámides, solo que yo ya no los acompañaba. No me interesaba, y además sentía que su hígado era una especie de peste que podía atravesarme. Mi periodo egoísta tuvo su esplendor. Ya no coleccionaba obsidianas ni atlantes de yeso y por supuesto ya no sentía que conversaran conmigo. Reconocí, en una noche de embriaguez, que mamá hubiera preferido mi ausencia a la de mi hermana. Lo decía casi entre sueños: debiste de ser tú. Reconocí, además, que al igual que yo, Óscar estaba asqueado.

Nos preparó para una despedida sin que él mismo se diera cuenta. Ver el cielo desde las pirámides se convirtió en su largo mensaje de adiós, indescifrable en su momento. Me gustaría que llamara, que dijera hola, y enseguida yo le respondería con un te entiendo, hiciste bien.

No me sorprendió cuando una tarde no regresó de la zona arqueológica, porque debía viajar a ver a su madre moribunda o por unos trámites o porque necesitaba

tiempo o por lo que fuera: un viaje astral, una conversión al budismo, una caminata de expiación, cualquier cosa justificaría la escapatoria. Nos alegramos por él. Como diciendo ¡sí, eso, tú puedes! Y no fue por cinismo que Óscar, a pesar del abandono, siguiera en contacto con nosotras, de que su voz delatara el llanto. Más bien era su manera de decirnos que todo lo sobrepasaba en contra de su voluntad. Que era el cielo y no él. Y que el amor es misterioso, por no decir una mierda. Nos escribíamos de vez en cuando sin que mi madre supiera y varias veces me envió dinero. Me preguntaba, con un dejo de coraje, cuánto tiempo le había tomado decidirse; yo misma lo pensaba con la vaguedad de quien sabe que trama algo horrible y me desentendía de ese pensamiento.

Hay otras ocasiones en las que abro Google: buscar, me siento con suerte. Pero no tecleo nada. No hay nada que buscar.

Óscar fue valiente: se convirtió en su esposa francesa, aunque dudo que nosotras le hayamos enseñado algo, al menos no de manera intencional o dogmática. Le mostramos la misericordia, la caridad, el evangelio. Sí. Y para él fue suficiente de Lázaros, de Elías y de mujeres de Lot dispuestas a petrificarse. En calidad de apóstol, partió para alguna ciudad buscando un milagro nuevo y, de ser posible, menos escatológico. Aun entendiendo las razones por las que decidió irse, no de-

jaba de incomodarme que su amor, es decir, el final de su amor, en lugar de convertirse en compasión, como suele suceder en personas como él, se haya tornado en un profundo conflicto de luz cruda que lo enceguecía y le impedía vernos, o vernos de una forma menos brutal, menos decadente. Una luz que no solo se desprendía de mi madre sino de mí, que me envolvía y no había manera de salir de ella. Había incendiado sus ojos como los mismos turistas que visitaban las pirámides en busca de dioses muertos.

ÍNDICE

Nosotras..... 7

Óscar..... 21

C U E N T O S

